

## EL LIDER DE LA DESESPERACION

Al leerse las notas sobre Albizu Campos contenidas a lo largo de muchos escritos míos, el lector tropezará con dos afirmaciones que lo moverán a hacerse una grave pregunta. Estas afirmaciones son: (1) Albizu Campos es el mayor líder nacionalista producido por la gestión independentista puertorriqueña; pero llega históricamente tarde, en cuanto nacionalista, para tener una burguesía a la cual darle dirección; y, (2) cuando en enero de 1934 los trabajadores solicitan su liderato en la huelga de la industria azucarera, él la dirige victoriosamente, pero no puede la lucha nacionalista beneficiarse de su triunfo porque el carácter pequeñoburgués del partido se lo impide: no organiza a los trabajadores sindicalmente ni los incorpora a su partido.

Sin embargo, al año siguiente, el Nacionalismo entra en una nueva etapa de auge cabalgando la cresta de un gran ascenso revolucionario.

Aquí viene la pregunta: si no hay burguesía en que fundarse y el partido no se basa en los trabajadores, ¿a qué fuerzas le da liderato Albizu Campos?

Los propagandistas del Imperialismo le han dado una **respuesta** interesada: Albizu no representa al pueblo puertorriqueño. En las palabras del General Winship "el Partido Nacionalista es la sombra de un hombre". Cuando el masacrador de nuestro pueblo escribía esas palabras ya Albizu estaba preso en Atlanta.

La crítica pseudo-marxista de la época resolvía el caso con un recurso determinista: es un caso típico de desesperación pequeñoburguesa.

Trataremos de darle una explicación científica, históricamente probada.

Evidentemente, el liderato albizuista refleja una desesperación. ¿De dónde proviene?

En nuestro libro LA LUCHA POR LA INDEPENDENCIA, cuya primera edición data de 1949, y en todos nuestros escritos, siempre hemos dado un punto de partida específico al liderato de Albizu: la radicalización de las masas como consecuencia de la gran crisis cíclica del capitalismo que desata el colapso de la bolsa de Nueva York en octubre de 1929.

Pensar en el efecto que la crisis, al desatarse en Estados Unidos mismos, habría de ocasionar en Puerto Rico, con su economía en manos yankis, sin industrias, y con una agricultura latifundista y monocultura poseída por grandes **trusts** norteamericanos; sin ningún

## 2 EL LIDER DE LA DESESPERACION

poder político con el que montar su más mínima defensa, es un formidable ejercicio para la imaginación del lector fuera de Puerto Rico. Para nosotros fue una terrible experiencia. Pero aún el lector ajeno a la experiencia puede entender nuestra afirmación de cómo, para los casi dos millones de puertorriqueños que éramos entonces, enfrentados a disponer de nuestra vida, que no es solamente nuestra existencia de cada día sí que también nuestra vida histórica, los años de la depresión (y Albizu asciende a la presidencia del partido el 12 de mayo de 1930) es una explicación de cómo la desesperación individual de cada día se convierte en la desesperación colectiva de las masas, que a su vez se mira en la personalidad del dirigente y se refleja en su liderato. Reflejando esa situación Albizu agita, agita y agita hasta producir la explosión.

¿Hizo mal? Hizo bien. Blanqui aportó lo suyo a la Comuna de París. \*

"Marx – escribe Lenin en 1907 – sabía apreciar también el hecho de que hay momentos en la historia en que la lucha desesperada de las masas, incluso por una causa sin perspectivas, es **indispensable** (el subrayado en el original) para los fines de la educación ulterior de estas masas y de su preparación para la lucha **siguiente**".

Y al analizar la insurrección irlandesa de 1916, reafirmaba: – "Sólo en la experiencia de los movimientos revolucionarios inoportunos, parciales, fraccionados, y, por ello, fracasados, aprenderán las masas, adquirirán fuerzas, verán a sus verdaderos guías, los proletarios socialistas, y prepararán el embate general, del mismo modo que las huelgas aisladas, las manifestaciones urbanas y nacionales, los motines entre las tropas, las explosiones entre los campesinos, etc., prepararon el embate general de 1905".

En el centenario de la Comuna de París los revolucionarios de todo el mundo no pueden tener sino comprensión para quienes, en el apogeo del poderío norteamericano, – parafraseemos a Marx – quisimos arrancar una estrella a los cielos. †

---

\* Luis Augusto Blanqui, (1805-81) comunista utópico francés, descollante revolucionario.

† Esta nota fue originalmente escrita en 1971, Centenario de la Comuna de París para la tercera edición de ALBIZU CAMPOS, la antología de ensayos y conferencias míos publicada por la editorial EL SIGLO ILUSTRADO de Montevideo. La dicha tercera edición no ha sido

Pero sabiendo todos, además, quienes hemos de ser, desde ahora, los dirigentes victoriosos de la lucha independentista puertorriqueña: los comunistas.

Para Puerto Rico, esto es tan evidente y próximo como leer en libro abierto. "Una revolución social para triunfar – afirma Lenin – necesita por lo menos dos condiciones: un alto desarrollo de las fuerzas productivas y un proletariado preparado para ella".\*

El imperialismo no solo destruyó la burguesía puertorriqueña: al prohibir a la producción puertorriqueña un mercado interior decretó la imposibilidad de recuperación a la burguesía nacional, y, ha cerrado el camino nacionalista a la victoria independizadora. Eso lo obsesionaba y lo logró.

Pero aplastada la insurrección nacionalista de 1950 traslada a Puerto Rico un núcleo importante de sus explotaciones industriales. Estas van desde fábricas de ropa interior de mujer hasta el complejo petroquímico. Se logra el desarrollo de un proletariado industrial de más de ochenta mil obreros.

Al mismo tiempo, un fenómeno universal – el proceso de proletarianización del campesinado – es en Puerto Rico hecho evidente.

El capitalismo ha dado a luz sus sepultureros puertorriqueños.

Pero la repetición de esta famosa sentencia de muerte hecha al capitalismo por Marx y Engels, y que encontramos ya en el Manifiesto de 1848, no se tome como rendición de armas ante el destino inevitable del capitalismo. No militamos en las filas de los deterministas, súbditos de una tendencia de derecha dentro del movimiento marxista internacional. La economía es la base de la sociedad y el cambio revolucionario, histórico, se produce en la base; pero la base se desarrolla revolucionariamente sólo mediante la lucha de clases, con la lucha política revolucionaria. No creemos que los

---

publicada. Todo el material incluido en este libro se publica ahora por primera vez.

\* Esta conocida tesis leninista, que cuadra perfectamente a Puerto Rico, colonia militar industrial norteamericana, no desdice la experiencia de la revolución china. Pero vamos más allá y aquí, respetuosamente, nos alejamos de Lenin y de Mao, para afirmar que los campesinos pueden también ser movilizadas a luchar por el socialismo y la dictadura proletaria. Lo decimos pensando en otros países latinoamericanos, en los cuales, contrario a Puerto Rico, la economía es preponderantemente agrícola y campesino al grueso de su población.

#### 4 EL LIDER DE LA DESESPERACION

sucesos vienen predeterminados por la historia; no creemos en la inevitabilidad histórica de los deterministas. Creemos en los sucesos de la historia producidos por la acción consciente de las masas, política, ideológica, revolucionariamente dirigidas.

Cabe añadir de seguido que al mismo tiempo que el establecimiento de este complejo industrial parejo a la proletarización más específica de la clase trabajadora se impone la realidad, señalada por Marx, en sentido de que la revolución está obligada a abrirse paso a través de una fuerte oposición **que ella misma crea**. De la necesidad imperialista de mantener a Puerto Rico pacificado emerge a su vez la de crear empleos que mitiguen en parte el empobrecimiento de las masas que es ley general del capitalismo. De ahí surgen a la vez las ilusiones de "desarrollo" económico,\* de "prosperidad", de "afluencia", que cabrillean en los espejismos coloniales, y siembran conformismo y oposición a la Independencia. Y encima de los espejismos una fuerza de oposición a la independencia robustecida y consolidada en los monopolios, en el Pentágono y en las afinidades coloniales de los dos. Será a través de esa oposición, creada en el imperialismo por la necesidad de mejor defender su oposición amenazada por el desarrollo previsible del independentismo, que nuestra revolución tendrá que abrirse paso. Esa es la tarea de sepulturero del capitalismo asignada al proletariado como vanguardia de todos los oprimidos, en lucha afanosa, política, ideológica, revolucionariamente dirigida.

Si dijimos antes que los revolucionarios de todo el mundo deben, en este Centenario de la Comuna de París, mirar comprensivamente a quienes, en el apogeo del poderío norteamericano, quisimos arrancar una estrella a los cielos, decimos, igualmente, que no tengan perdón si no lo hacemos para los que ahora hemos de preparar al proletariado puertorriqueño para la independencia y el comunismo.

Y nuestra obligación no es sólo organizar. Es también agitar, agitar, agitar, hasta producir la explosión.

---

\* Desarrollo norteamericano, gracias a su traslado a Puerto Rico; no desarrollo capitalista puertorriqueño, como se quiere hacer ver.

## ¿A QUE EMBOCO ESE HOMBRE A ESTE PUEBLO?

La radical actividad de Albizu Campos, esa quema suya de todas las naves todos los días, no ha dado quizás mejor prueba de su mayor altura o abismal profundidad que ese, entre pregunta ansiosa y cordial reproche, que me hace un notable sociólogo puertorriqueño: ¿A qué embocó ese hombre a este pueblo?

Me la planteo como interrogante para darme ocasión de intentar una respuesta.

La respuesta tiene por forzoso punto de partida una cuestión filosófica. La realidad existe objetivamente, fuera e inclusive a despecho, de las ideas y de la voluntad de los seres humanos. Una cosa necesariamente fue lo que Albizu se propuso, lo que él pensó, lo que animó, desde sus adentros más recónditos y ardientes, el fervor de su palabra y el tesón de sus ejecutorias; otra, tercos y obtusos, los problemas que en el fondo de la sociedad puertorriqueña tejían y destejían su red contradictoria de entrampe y escapada.

Ya hemos descrito cómo Albizu privado de una burguesía a la cual darle dirección política, y sin apoyarse en los trabajadores, desarrolla una estrategia fundada en la desesperación de las masas víctimas de la depresión en los años 30.

Pero que Albizu no tuviese a disposición suya una burguesía a la que darle dirección política no lo privó de intentar dársela. Tomando, al vuelo dos ejemplos, apuntaremos a su campaña para que los colonos de caña no fuesen burlados por los grandes monopolios absentistas azucareros gracias a mantener estos últimos – ¡hasta eso! – el poder de determinar qué cantidad de sacarosa se contenía en su producto.

Ese control se mantenía con un mecanismo muy simple: era el químico de los centralistas quién lo determinaba. Con su hábito de predicar fustigando Albizu se burlaba de los colonos que no se organizaban para exigir que fuesen sus propios químicos quienes determinasen el grado de sucrosidad de su gramínea. Los colonos por fin se organizaron; por fin lograron los servicios de químicos responsables a ellos mismos. Sus ganancias subieron. Pero en cuanto a responder al llamado patriótico de Albizu, era otra cosa. Siguieron correspondiéndose con los partidos coloniales. A través de la cuota azucarera el imperialismo regía su línea política.

Preso ya, y desde La Princesa, no lejano el día en que fuésemos trasladados a la Penitenciaría Federal de Atlanta, no recuerdo por qué incidencia en la contradicción de intereses imperialista-coloniales,

## 6 EL LIDER DE LA DESESPERACION

Albizu requería los azucareros a sumarse en la lucha por la independencia: esto a despecho de saber, como bien se lo sabía, que estos bastardos intereses jugaron papel decisivo en la persecución de que se nos había hecho objeto y aunque, en el bufete del abogado de la Asociación de Productores de Azúcar, licenciado Sifre, se libraron cuantiosos cheques en premio a los jurados del panel que nos condenó a presidio.

Albizu no actuaba así por hacer el tonto, sino por mandato indeclinable del contenido clasista de su liderato. Era el peso de ese contenido imponiéndose impertérrito como una quilla para mantener el balance poli-clasista que él entendía como unidad nacional, como hermandad de todos los puertorriqueños por encima de toda división clasista.

Estaba ahí, yo no la inventé, – decía Marx sobre la lucha de clases. Estaba aquí, aunque Albizu no la desease. Existía objetivamente, independientemente de su conciencia, sin importar lo que él pensase, lo que él quisiese: obscura y decisiva fuerza hacedora y destructora y reconstructora, más allá de la luz patriótica que alumbraba en su nacionalismo. "Todo movimiento libertador tiene que ser ortodoxo" filosofaba. "Es lesivo alentar la división de las clases", nos decía, "porque la lucha de clases divide horizontalmente a la nación incitarla es lesivo a los intereses de la independencia".

No obstante, tuvo que dirigir la huelga de los trabajadores de la principal explotación del país en 1934, hecho que repercutiría, como jamás pudo él imaginarse, en la historia de Puerto Rico y en su propia vida. Su tarea como dirigente nacionalista, su esfuerzo baldío por poner bajo su liderato a la burguesía colonial en desbandada es el hecho que contesta la pregunta que motivó esta nota: – ¿A qué embocó ese hombre a este pueblo?

Contradictoriamente es Pedro Albizu Campos quien prueba, por negación, la completa bancarrota política de la burguesía puertorriqueña, su total incapacidad para actuar independientemente en política; cabe decir independiente de la coacción imperialista. Terminada la tarea lideril de Albizu sería una insensatez que cualquier nuevo liderato independentista quemase su esmalte luchando por atraer a la bandera de la independencia los pocos capitales denominables nacionales – tan escasos que no forman clase. Y ni qué decir a esa burguesía compradora, comercial, pendiente del crédito como de una horca.

Esta no es cuestión del pasado. Al contrario, es por lo que tiene de presente, como engendro futuro, que podemos decir cuánto son hechos que su liderato precipita a lo que realmente "ese hombre embocó a Puerto Rico".

Y aquí regresamos a aquella afirmación dialéctica de que la realidad existe objetivamente, fuera de la conciencia de los hombres, independiente de sus ideas, deseos, intenciones. Aunque la voluntad de los hombres, por afirmación o negación, al insertarse en la dinámica histórica trace pauta e imprima sello a los sucesos que tejen su urdimbre.

Si Albizu pensó alguna vez en que su liderato tuviese su cesión nadie puede imaginarse que lo quisiera distinto en esencia al suyo. Pero no habría podido pasar inadvertido a la misma generación que enmarcó su actividad libertadora la inutilidad de una orientación policlasista. Por convencimiento, por ideología, y si no por demagogia, el nuevo liderato independentista tendría que orientarse hacia la clase obrera y el socialismo. Esta reacción llevará hasta "la tendencia a teñir de color comunista las corrientes democrático burguesas de liberación en los países atrasados", dice Lenin, tendencia que debe ser combatida "resueltamente" por los comunistas, como inmediatamente aconseja. (Lenin, "Esbozo Inicial de las Tesis Sobre Los Problemas Nacional y Colonial", junio de 1920).

Esta nueva orientación se depurará en la lucha misma, en la profundizante lucha de clases, en la hegemonía de la clase obrera en la lucha por la independencia, en la guerra popular como expresión máxima de la lucha de clases con el marxismo-leninismo como guía para la acción. Las grandes masas oprimidas darán al movimiento su ancha dimensión de verídica unidad nacional, marchando con el proletariado en una revolución de una clase, un partido y una bandera: la clase obrera, el partido comunista revolucionario, la bandera roja.

A esto fue a lo que Albizu verdaderamente "embocó a Puerto Rico".

¿Habría ocurrido sin que mediara su intervención en el proceso político puertorriqueño? Seguramente. Pero esa es la clase de pregunta que no se hace quien desee interrogar seriamente a la historia. Y la historia no puede ignorar a Pedro Albizu Campos. En la repercusión del papel que le correspondió desempeñar en la lucha por la independencia, esta prueba final sobre la burguesía como anacronismo en el ascenso histórico de Puerto Rico era, estrictamente hablando, una necesidad. No fue necesario que su generación sucesora lo

## 8 EL LIDER DE LA DESESPERACION

comprobase. Él nos la dio como corroboración, como experiencia. Ni que decir que fuese eso lo que él quiso. Fue la dialéctica de las fuerzas históricas, de las clases antagónicas en la sociedad puertorriqueña; la lucha implacable entre la clase que históricamente podía avenirse con el imperialismo y la que no tiene manera de hacerlo, ésta cuyos intereses abren un abismo infranqueable que la separa a la vez de la burguesía imperialista y de cualquier intento recuperativo de la puertorriqueña, la que determinara en el liderato albizuísta aspecto tan positivo.



---

## TRANSITO DE LA CAÑA AL PETROLEO

Para medir en toda su importancia la participación de Albizu en la huelga cañera de 1934 es necesario reflexionar sobre lo que va de aquella época a la realidad a que nos enfrentamos ahora. Los dos años transcurridos han presenciado lo que podría llamarse tránsito de la economía colonial de Estados Unidos en Puerto Rico del cultivo latifundista de la caña y la elaboración del azúcar al establecimiento de un gran enclave para el refinado de petróleo.

Vuelvo sobre mis pasos para recordar al lector que para 1934 unos 137 mil puertorriqueños trabajaban en las fases agrícola y fabril de la caña de azúcar. Quiérese decir que en una población total de menos de dos millones algunos 700 mil puertorriqueños dependían de la agricultura y elaboración fabril del producto.

No se necesita ser un sabio para entender lo que esa espina dorsal de la economía significaba como elemento de aglutinación nacional. Si las relaciones de producción se convierten como en realidad ocurre en relaciones sociales, no se tiene que estar dotado de las luces del genio para comprender lo que ese hecho, escueto, indisfrazable, significaba como elemento de cohesión social.

Nadie lo niega. Los salarios eran escandalosamente bajos; las condiciones de vida de los trabajadores a nivel bajísimo. Lo que a Puerto Rico quedaba como beneficio económico era prácticamente sólo lo que devengaban los trabajadores en salario. Esa es otra cuestión; y la salida a darse al problema otra, distinta a la que se le ha dado. Era a una solución revolucionaria a la que esa relación salarial convertida en relación social dirigía.

Lo que aquí subrayamos es el equivalente de cohesión social que de aquellas relaciones de producción surgía. E insistimos. Esa cohesión contenía un potencial revolucionario a explosión pronta.

Valga señalarlo. Algo tiene que significar el hecho de que siendo los de la caña los trabajadores clave para el desarrollo de un grande y sólido movimiento sindical, el movimiento obrero dirigido por Santiago Iglesias como base de masas para "la unión permanente" de Puerto Rico a Estados Unidos (esa era su pública divisa) algo tiene que significar, y significa mucho, que Iglesias jamás organizara a los trabajadores de la caña.

El llamamiento hecho por los trabajadores a Albizu Campos para que lidereara la huelga alertó al imperialismo que la organización de los trabajadores agrícolas de la principal explotación del país ya no

podía ser diferida. Y no solamente era imposible ya diferirla. Era posible que esa organización se hiciera con una orientación independentista, anti-imperialista quizás.

Lo primero, la imposibilidad de seguir posponiendo su organización, era solucionable extendiendo la sindicalización yankizada a los campos cañeros. Difícil si no imposible lograrlo con el viejo y desacreditado liderato de la Federación Libre. Pero la Federación Americana del Trabajo perdería pronto su hegemonía en el movimiento obrero norteamericano. Con la fundación del Congreso de Uniones Industriales (CIO) la Federación Americana del Trabajo perdió esa hegemonía. No significaba de manera alguna que el capital monopolista yanki hubiese perdido la suya sobre las dos. Pero gracias a ello el imperialismo podría reinstalarse en los campos cañeros de Puerto Rico con un nuevo aparato sindical como en realidad lo hizo.

Tal maniobra no era otra cosa sino diferir el problema de fondo que al imperialismo se planteaba. Lo ocurrido con la Federación Libre podría repetirse a equis tiempo con el nuevo aparato del CIO. Lo que el imperialismo necesitaba era mucho más: era destruir esa fuerza de cohesión social cuya dialéctica fluía hacia la revitalización nacional a través de los trabajadores y por lo mismo hacia la independencia. Que los sindicatos podían ser la base más sólida del movimiento de independencia lo había probado ya revolucionariamente Connolly en Irlanda, como lo probaría Jagan en Guyana y Toure en Guinea.

Terminada la Segunda Guerra Mundial, dueño del monopolio atómico y proclamante del ilusorio "siglo americano", el imperialismo yanki se dispuso subsistir la estructura de su economía colonial en Puerto Rico. La primera de sus previsiones fue evitar que la reorganización económica de la colonia desarrollase un renglón principal de producción que a su vez redundase en una nueva fuerza de cohesión social, capaz de expresarse, como primera consecuencia, en la organización de un sindicato básico ligado al primer renglón de la economía y centro de gravitación de todo el movimiento sindical, dado el peso de su influencia por importancia y número. Al contrario, se propuso instalar un sistema económico de tan variadas explotaciones que la organización del movimiento obrero viérase obligada a trabajar mediante una serie de pequeñas uniones sin otra vinculación entre ellas mismas que la de estar formadas por trabajadores. Producir una huelga como la del 1934 pensaron los imperialistas hacerla imposible mediante esa reorganización. Esa es la contestación de Wall Street y el Pentágono al movimiento obrero y al independentismo. Ese es el

problema sindical correspondiente a la conversión de Puerto Rico en colonia militar industrial del imperialismo yanqui: primera en la historia y única al día de hoy.

Como en otro lugar de este libro refiero la consecuencia, inevitable en el callejón vertical sin salida del capitalismo monopolista, del otro desarrollo que es la creación de un proletariado industrial cuyo papel histórico frustrará el intento de dispersar el movimiento obrero dispersando la producción a que acabo de referirme, me limito aquí a ese hecho: la conversión de Puerto Rico en una colonia militar industrial del imperialismo yanqui, primera como acabo de decir en la historia y única hasta ahora.

El hecho en sí no crea excepcionalísimo. Es el resultado lógico del desarrollo industrial y militar del capitalismo monopolista dentro de una nueva situación internacional y en el marco de su expansión colonial. Dada la experiencia de que Estados Unidos ha mirado siempre a Puerto Rico y Cuba como puntales a su penetración en la América Latina y de campo experimental para su política latinoamericana la colocación de una gran planta industrial dentro de una base de operaciones de sus fuerzas armadas, que es lo que hace de Puerto Rico una colonia clásica en novísima forma militar industrial, no hay que descontarla como anticipo de otras más hacia el sur. La deducción gana en lógica cuando se conjuga con el traslado a Puerto Rico del centro de adiestramiento anti-guerrillero y contra-subversivo que hasta ahora el militarismo yanqui mantuvo en Panamá.

¿Hasta cuándo tolerarán las potencias esta concentración de poderío militar norteamericano que lesiona los intereses de todos? En 1926 Albizu vislumbraba que la disolución de esa contradicción entre las potencias haría obligatoriamente que la batalla final se diera en aguas del Caribe. Ni en fecha tan temprana ni después pudo Albizu preveer hasta dónde llegaría Estados Unidos en la inclusión de Puerto Rico en sus planes de dominio mundial.

Testigos de este nuevo intento norteamericano de parapetar sus fuerzas en nuestro país, contra el ascenso revolucionario del proletariado y las masas oprimidas de la América Latina, nuestro deber no es sólo advertir sobre el peligro. Es subvertir el orden dentro de ese aparato montado en Puerto Rico por los monopolios armados yanquis. Es arrebátárselo desde adentro, independizando a Puerto Rico para bien de todos los oprimidos de la tierra.

## EJECUCION DEL CORONEL RIGGS

La ejecución revolucionaria del jefe norteamericano de la policía colonial coronel E. Francis Riggs es el hecho que parte en dos la historia de nuestras relaciones imperialista- coloniales. Es por lo tanto el de mayores consecuencias para la lucha independentista. El momento de viraje en el proceso revolucionario de los años 30. Desde este punto de vista me le aproximo en este trabajo.

Lo primero en señalarse es la reacción de Albizu Campos frente al hecho.

Hagamos un poco de historia. El 24 de octubre de 1935 se produce la Masacre de Río Piedras. Esta es hija de la manipulación que Riggs, experto en intrigas a estilo CIA, hizo del "independentismo" del Partido Liberal. Fueron estudiantes universitarios de la llamada Juventud Universitaria Liberal los que la manipulación policíaca movió para organizar la asamblea que tratará en vano de declarar a Albizu Campos persona no grata al estudiantado.

La verdad histórica es que en esa ocasión Albizu hizo lo imposible por evitar lo inevitable. Mientras Juan Juarbe y Juarbe era designado para estar en la asamblea Albizu ordenó a este escritor que localizara a Ramón S. Pagán, Secretario del Trabajo del partido, y evitara comunicándole su mandato que no se personara en Río Piedras.

Una situación como ésta no se improvisa. Ocurría dentro de un marco de intriga policíaca dirigida por Riggs y que había penetrado hasta el tuétano en la buena fe de varios nacionalistas en lo que ahora llamamos Zona Metropolitana. Una campaña de difamación sin precedente en política puertorriqueña, se había cebado contra Albizu. Esta penetró como he dicho hasta la buena fe de algunos nacionalistas influyentes dentro del partido. (Dejo sin decir que junto a los de buena fe estarían obligatoriamente los agazapados transmisores de lo que desde afuera se tiraba contra el partido.)

La noticia había llegado a Albizu de que dentro del partido mismo se conspiraba para asesinarlo. Se tocó fibra muy sensitiva en Albizu, pero la purga producida por la información no pasó de tocar a las personas envueltas en la campaña de difamación.

Por desgracia, en la prueba acerca del proyectado asesinato aparecía envuelto Ramón S. Pagán. Pero Pagán mismo había comunicado a Albizu la celebración de una reunión entre los descontentos. Ante las fieras acusaciones hechas contra Albizu (seductor, ladrón, vividor, paranoico que llevaba el partido a su ruina)

Pagán se levantó (es su relato) y dijo que si tales acusaciones eran ciertas matar a Albizu era una obligación patriótica. Ante su estupefacción sus palabras fueron recibidas con aprobación.

Pagán había ratificado esta declaración en la reunión conjunta de la Junta Nacional con los presidentes y secretarios de las juntas municipales que formuló las expulsiones.

Albizu previo que de no tomarse precauciones en la primera provocación sería de que el partido fuese objeto matarían a Pagán. De ahí que a las primeras nubes de borrasca en la Universidad, y conociendo a Pagán me encargase evitar que éste se presentara en Río Piedras. Acompañado de Agustín Pizarro, uno de mis inseparables compañeros, me dirigí inmediatamente a las oficinas de Ochoa Fertilizer en Hato Rey en las que Pagán trabajaba. Pagán se había ausentado poco antes pretextando que su presencia era urgente en su hogar. Esto no era extraordinario. Con relativa frecuencia Pagán se ausentaba de la oficina durante horas de trabajo. Dada la altísima consideración en que se le tenía nunca se le llamó la atención. Yo lo sabía; por lo cual sin dejar de preocuparme corrí a su casa. Había estado y salido casi inmediatamente hacia San Juan. En Martín Peña topamos con un nacionalista quien nos dijo espontáneamente que hacía sólo minutos la había visto pasar en dirección de San Juan. Ya más tranquilos seguimos hacia la Imprenta Puerto Rico. Si había un lugar en el que podía estar ese era el sitio. No estaba.

Fue en esos momentos que Fran González, nacionalista y dueño de un cafetín cercano llegó a la imprenta comunicándonos que por radio se informaba un motín en la Universidad. Pagán se borró de mi memoria. Pensé en Juarbe que estaba dentro de la Universidad. Al ejemplar patriota Buenaventura Rodríguez Lugo, Administrador de la Imprenta le pedí dinero para fletar un automóvil público, el cual tomamos en la Plaza Baldorioty. Cuando llegamos a Río Piedras la Universidad estaba tomada por la policía. La radio informaba muertos y heridos. Alejandro Ruíz, nacionalista de Río Piedras, nos informó que a Pepito Santiago lo habían matado.

Entramos Agustín Pizarro y yo a la Universidad. Lo hicimos sin mayor dificultad porque un policía amigo suyo que había prestado servicio en Barrio Obrero nos franqueó la entrada.

Juarbe y los compañeros de la Federación Nacional de Estudiantes habían hecho fracasar el truco contra Albizu. Pero en esos momentos, cuando la asamblea terminaba comenzaba el mayor peligro. Al salir del viejo paraninfo. Juarbe se avalanzó sobre un guardia – "Pégame

ahora, charlatán, tira ahora". – El guardia, lívido tartamudeó una excusa. Yo tomé a Juarbe por el brazo: – "¡Vamos!" –

Cuando dejamos a Juarbe camino de Aguas Buenas, Pizarro y yo caminamos hacia la Universidad. Encontramos un detective popularmente conocido por el apodo de "el Jíbaro", hombre de genio apacible y mucha experiencia que siempre – ¡aún en las escalinatas de el Capitolio, la noche tumultuaria del 16 de abril de 1932!\* nos había tratado con afecto. Fue él quien nos dijo que los cadáveres de los nacionalistas estaban en el sótano del hospital de Río Piedras. Añadió que estaría allí dentro de un cuarto de hora más o menos. Entramos al negocio de Pepe Noya. Fue él quien nos aseguró que Pagán había muerto. Fuimos al hospital. "El Jíbaro" cumplió su palabra. Estaba allí y nos dejó ver los cadáveres. Reconocimos a Pagán, a Pepito, a Rodríguez Vega. Ni Agustín ni yo conocíamos a Don Pedro Quiñones. La vista de nuestros compañeros asesinados, sus cuerpos tirados en el piso, frescas las huellas de la violencia que les produjera la muerte, hizo en nosotros dos el mismo efecto. ¡Salimos de allí hirviendo en cólera!

Nuestra ira subió de punto cuando supimos que Pagán, Rodríguez Vega y Dionisio Pearson, (único sobreviviente gravemente herido) ocupantes del mismo automóvil que conducía Pagán, habían sido abaleados dentro del automóvil, sin la más mínima oportunidad de defenderse. Y aunque a Pagán, muerto, con la cabeza caída sobre la rueda de guiar, un policía apellidado Colón, le levantó la cabeza y en haciéndolo, le descargó un balazo en un ojo.

El sitio exacto en donde estos compañeros fueron asesinados es la calle Brumbaugh de Río Piedras casi a mitad entre De Diego y Arzuaga. Su automóvil se dirigía hacia Arzuaga.

He demorado sobre estos recuerdos, imborrables, para que se entienda el estado de ánimo en que, nutrido por estos hechos, se encontraba Albizu al despedir el duelo de nuestros mártires de Río Piedras. Y no sólo él, sino los miles de asistentes al antierro, y Puerto Rico en general. Fue allí que Albizu, tras media hora de furiosa oratoria, juramentó a los presentes a que aquél crimen no quedaría impune.

---

\* Asalto masivo al Capitolio colonial, dirigido por Albizu. Véase mi libro ALBIZU CAMPOS, Editorial El Siglo Ilustrado, Montevideo, 1970.

No quedó. El 23 de febrero de 1936 Elias Beauchamp minutos después que Hiram Rosado lo intentó sin lograrlo ejecutó revolucionariamente al Coronel E. Francis Riggs.

Beauchamp y Rosado fueron detenidos y asesinados en el Cuartel General de la Policía.

En el mismo cementerio El Seboruco en donde tres meses antes había despedido el duelo de los mártires de Río Piedras, Albizu despidió el de Beauchamp y Rosado. Es uno de sus discursos más hermoso y de los mejor conocidos aunque desgraciadamente su texto completo se perdió. Es inolvidable por el aire majestuoso con que la palabra **discurre** en el ámbito cristalino de una transparente serenidad; por su contenido como de honda meditación dicha **en público**; por su lenguaje casi bíblico, por su famosa, espontánea paráfrasis a un salmo de David.

– "Puerto Rico ha cumplido su juramento". –

Con esas palabras empieza y acaba ese discurso con que Albizu despidió sobre su tumba a nuestros dos héroes.

–oOo–

Albizu tenía todas las razones ya dichas para su furia cuando la matanza de Río Piedras. Pero desde **el** mismo día en que ocurrió, hasta siempre que volvimos sobre el tema,

Albizu expresó con profundo sentimiento que Pagán había deliberadamente desafiado la muerte entrampado por la calumnia de que pudiera haber estado envuelto en una conspiración para asesinarlo. En una palabra, Pagán fue a Río Piedras para probar su lealtad a Albizu Campos. Y además de su emoción patriótica, Albizu sintió siempre hacia Beauchamp y Rosado un hondo sentimiento de gratitud personal.

Pero eso no es lo importante, desde un punto de vista político y revolucionario. Puesto que él sabía bien que a Beauchamp y a Rosado no los movieron sentimientos personales sino un entrañable sentido de rectitud patriótica y de honor revolucionario. Por eso empezó y terminó su oración fúnebre con las palabras citadas: – "Puerto Rico ha cumplido su juramento". – Con la acción de Beauchamp y Rosado el Puerto Rico que Albizu llevó en su conciencia se alzó a nueva altura. Un pueblo, como un hombre, no debe faltar a su palabra empeñada, a un juramento. Así pensaba Albizu Campos.

De modo que no vio en el 23 de febrero de 1936 sino la fecha memorable de un acontecimiento moral.

¿Por qué no previmos el momento en que pudiese ocurrir el ajusticiamiento de Riggs? ¿Por qué no vimos que un acontecimiento de tal magnitud no podía quedarse sin futuro y que ese futuro era el que había que discutir al enemigo?

Aquella mañana de domingo, el general Winship andaba de fiesta por El Yunque. El jefe del ejército coronel Colé se encerró en Casa Blanca, la policía no sabía qué hacer. Los jefes se encerraron con sus prisioneros a esperar órdenes telefónicas en el Cuartel General. Veinticinco hombres regularmente armados habíamos tomado Fortaleza. Dudo que la resistencia pasara de tres descargas. Otros tanto habrían capturado a Winship, duro en el mandar, pero su conducta en Ponce indica que su valor personal era mucho menos que su ceño. La sensibilidad de los pueblos hispano-americanos no había sido sacudida aún por la Guerra Civil de España. Un golpe de mano de esa índole en Puerto Rico, por sólo su audacia, por lo inesperado, habría galvanizado a una América que aún sentía arder en su conciencia la sangre de Sandino.

¿Qué fenómeno nos detuvo?

La respuesta está al caerse. Llana, simplemente imprevisión. Una imprevisión que a solas tiene por excusa la conciencia de no lanzar el país a una guerra para la cual el partido que debía organizarla y dirigirla no estaba materialmente preparado. Quiérese decir, que su líder no pensó en lanzar a sus hombres a enfrentar desarmados al ejército de Estados Unidos. Y todos nuestros esfuerzos por armarnos habían fracasado.

—oOo—

Lo demás es bastante bien conocido. Está en la prensa contemporánea y lo he relatado en varias ocasiones. El 31 de marzo expide la Fiscalía Federal el famoso auto de Subpoena Duces Tecum. El 2 de abril soy internado en La Princesa. El 4 de abril el Gran Jurado encuentra causa probable de acción contra Albizu Campos, contra mí mismo, y contra Luis F. Velázquez, su hijo Julio Héctor Velázquez; Juan Gallardo Santiago, Erasmo Velázquez y Olmedo, Clemente Soto Vélez y Pablo Rosado Ortiz. Juarbe es exonerado y Rafael Ortiz Pacheco ha huido del país. Enterado confidencialmente por un amigo de la orden de arresto escapó sin siquiera informar a su maestro, líder y "compadre". Anduvo errante por algunos países latinoamericanos, en los que son bien recibidos los valientes, no los desertores. Volvió luego al país amparado por el Fiscal Snyder quien archivó su caso. Fue



ingresado en la judicatura colonial por Tugwell y hace algunos años se jubiló como Juez del Tribunal Superior en Ponce.

En agosto todos los encausados somos sentenciados a largas condenas de presidio a ser cumplidas en Atlanta, Georgia. El 7 de junio de 1937 somos trasladados a dicho presidio. El Nacionalismo ha sido descabezado y el independentismo, deprimido, corre a echarse en brazos de Muñoz Marín. En sus destructores empeños coloniales el imperialismo se había hecho de una larga tregua. De los embates de 1930 a 1938 se volvería al **shadow boxing** de 1900- 1930.

—oOo—

Con toda la evidencia exterior parece tener razón el inteligente amigo que propone, como tesis aceptable, que la ejecución de Riggs entrampó a la independencia de manera que el imperialismo, al que Albizu había puesto fuera de nuestro fortín, pasó de un salto por encima de nuestros fuegos y se colocó dentro. Este es el sentido que le da al nombramiento de Enrique de Orbeta como sustituto de Riggs en la jefatura constabularia. Con ese relleno de carne boricua en el vacío policial el imperialismo reactiva todas las esperanzas autonomistas tradicionales en la política del país. Se atrinchera en ellas durante treinta años. Es una nueva estabilización del régimen, comparable a la de 1900.

La premisa así planteada estaría incompleta si se pasase por alto la prisión de Albizu Campos, su liderato tronchado, de una suerte; y de otra el cuadro internacional en el que el drama puertorriqueño encaja.

Cómo se habría de manejar Albizu con la situación creada por la decisión imperialista de pasar puertorriqueños a puestos de mayor disposición pública — jefatura policíaca primero, gobernador de nombramiento después, electo seguido, en el curso casi a exactitud de los diez años que tramitan el regreso de Albizu a la actividad pública, quedaría en la estrictamente conjeturable.

Pero no puede pasarse por alto que, se manejase Albizu en la forma en que lo hiciese; y se dispusiese el régimen con todos sus recursos de la manera en que se dispusiese, la verdad apabullante de la situación internacional que le es contemporánea habría pesado sobre el destino de Puerto Rico en cuya representación histórica protagonizó Albizu Campos. Esto pinta en colores muy diferentes esa premisa.

No se olvide que nuestro caso en corte está estancado cuando súbitamente el fascismo español se alza en armas contra la República. Al rugido de los cañones que empiezan su desastroso embate en

España el interés latinoamericano vuelve sus ojos hacia los campos de batalla. De inmediato, el régimen llama nuestro caso a corte. No solamente la guerra civil de España facilita a Estados Unidos disponer con mayor soltura de Puerto Rico si no que además prologa la Segunda Guerra Mundial.

Cómo habría afectado el liderato de Albizu Campos la Guerra Civil de España, a haber estado éste en libre actividad política, no es indispensable asunto para ser tratado aquí. Es imposible pensar, no obstante, que a hombre de su prestigio e influencia, a uno y otro lado del Atlántico, las tremendas fuerzas que debatían a boca de cañón el destino de España no habrían de requerirlo a tomar posición.

Cómo lo habría puesto a prueba la Segunda Guerra Mundial es lógicamente presumible.

No es dable imaginarse a Albizu repitiendo, en 1940, aun debidamente enmendado, el papel de José de Diego en 1917.

La lógica de su conducta, aún su propia racionalización de su participación militar en la Primera Guerra; ni la dialéctica de su propio partido habrían librado a Albizu de encararse definitivamente con Atlanta. Habría encabezado el desfile de directivos nacionalistas hacia presidios y destierro decretado por la Ley de Servicio Militar Obligatorio. Y habría sido para el régimen interventor mil veces más ventajoso por otras tantas razones más justificables dentro de su papel mundial, encarcelarlo como obstructor aparente del esfuerzo militar antifascista, que lo que le fue en 1936 "por conspiración para derrocar por la fuerza el gobierno de Estados Unidos en Puerto Rico, hacer propaganda sediciosa y reclutar soldados para llevar a cabo tal fin". ¡Encarcelarlo como a un libertador!

Tan poco es presumible pensar que de toda la comedia internacional montada por Roosevelt no tuviese que salir ganancioso el conformismo colonial vestido de autonomismo.

Nada de esto habría justificado que se privara al país de una página históricamente tan significativa como fue la ejecución de Riggs. Ni siquiera – y nadie sabe cuánto cuenta para mí escribir estas palabras – el sacrificio de Beauchamp y Rosado.

## ALBIZU Y RIGGS

Fue con motivo de la huelga de enero de 1934 que Albizu y Riggs hicieron contacto personal a través del ingeniero independentista Félix Benítez Rexach, íntimo amigo de Albizu, y amigo personal también de Riggs. Este último solicitó a Benítez concertarle una entrevista con Albizu. Se llevó a cabo en El Escambrón Beach Club.

El tema de la conversación fue la huelga. Habiendo Riggs oído a Albizu admitió la justicia de las demandas obreras. Las llamó modestas. Añadió que recomendaría a la Asociación de Productores de Azúcar aceptar las "modestas" peticiones de los trabajadores. Efectivamente, a penas transcurrieron horas de terminada la entrevista cuando los patronos transigieron.

Se ha dicho y se ha escrito que en la entrevista Riggs aceptó la legitimidad y justicia de la aspiración independentista, nada raro pues que esa ha sido la posición oficial hipócrita de su gobierno. Además, que ofreció a Albizu cuantiosa suma de dinero como cooperación a su lucha. A lo que Albizu finamente declinó.

Eso era parte del trabajo de Riggs. Pero Riggs conocía a Albizu de sobra (si no personalmente por haberlo oído en la tribuna y observado en su trayectoria política) y sobre todo por tener a su disposición el dossier que tanto el ejército como el Departamento de Estado norte-americanos mantuvieron a Albizu desde 1917. La vulgaridad de su trabajo de espionaje incluía el de sobornador. Pero su educación y el trato de gente en el que tenía larga y variada experiencia tuvieron que hacerle comprender que el dinero no era elemento para detener el paso patriótico de Albizu. Difícil es para quien conoció a Albizu imaginar a Albizu declinando finamente un intento de soborno.

Los tejedores de esta leyenda hacen poco favor a Albizu. El intento de soborno presupone flaqueza en aquél a quien se le hace la oferta.

La historieta no pasa de ser eso: una historieta.

La segunda y última vez que Albizu y Riggs departieron fue en ocasión de una asamblea de los colonos de caña celebrada en el hoy Teatro Tapia. Albizu había sido invitado a hablar y Riggs no perdería la oportunidad de observar directamente los efectos del contacto entre los colonos de caña y Albizu. Durante acaso una media hora hablaron sobre generalidades, sentados en el escenario, antes de comenzar el

acto. La entrevista fue cortés y afable. Lo único desentonante fue posiblemente mi malacrianza.

He recordado muchas veces aquella media hora. Doy testimonio de que entre ambos hombres no había antipatía personal.

Cierro este capítulo con una nota muy particular.

Albizu no ordenó la ejecución de Riggs ni participó en la conspiración para llevarla a cabo. Hizo su discurso, tomó el juramento y esperó. Un día en diciembre le advertí la posible inmediatez del acto. No hizo comentario. Volví a advertirle en enero. Un poco enfadado me dijo: – "No quiero volver a oírlo".

Aclararé por qué hago esta afirmación.

Si la ejecución de Riggs llegase a resultar con prueba irrefutable, cosa en la cual no creo, un error fatal para la lucha por la independencia, la responsabilidad de sus gestores sería verdaderamente enorme.

Había ciertamente, tras ese acto, seis años de agitación revolucionaria albizuista. De actividades revolucionarias también.

La enérgica dramaticidad del discurso pronunciado por Albizu en el cementerio El Seboruco, lo señala también como inductor del drama patriótico del 23 de febrero de 1936.

Pero el ámbito que llevara hasta el histórico suceso queda incompleto sin la constante jactancia, arrogancia y bravuconería de Riggs. La única explicación posible para tal conducta en hombre de su carrera es la intención de envalentonar a sus hombres, creando un espíritu de cuerpo contra los nacionalistas. El olímpico desdén de Riggs por el pueblo colonizado lo llevó a una subestimación suicida de la capacidad de decisión en los puertorriqueños. Creo que Riggs no hizo objeto a Albizu de ese desprecio ni de esa subestimación. Había sido informado sobre él por quienes formaron su inteligencia, dinamizaron su voluntad y tuvieron a su disposición tiempo bastante para resumir sus observaciones. Albizu, pudo pensar Riggs, era la excepción que prueba la regla. Pero jamás pensó que tuviera a su disposición el elemento humano capaz de asimilar volitivamente su mensaje. Posiblemente creyó que la formación misma de Albizu, universitaria y militar, le prohibía todo aventurerismo. Pensó que jamás se dispondría a actuar sin contar previamente con la organización necesaria y sin los medios materiales correspondientes. Creyó del mismo modo que la sincera, apasionada elocución de Albizu en El Seboruco se disolvería en la atonía colonial de sus oyentes. Jamás pensó que en el silencio con que se oyó a Albizu implorar el

juramento de la dignidad patriótica ofendida, estaban quienes, antes ya de aquel momento, lo condenaron a muerte.

En descargo de Riggs puede decirse que su juicio no era único. Era el juicio mismo de su gobierno cuando decidió apoderarse de Puerto Rico. Así lo revelan las instrucciones secretas dadas al General Miles en febrero de 1898. Así lo declara bestialmente Coolidge en su libro de poco después.\*

Desgraciadamente hay más. Su gobierno había asesinado a Sandino sin que un brazo latinoamericano nivelara una pistola sobre Washington. ¿Estaba el espíritu hispanoamericano herido de atonía colonial?

Téngase en cuenta además que fenómeno tan profundo y complejo como el de la violencia de los pueblos coloniales quedó sin estudio de mérito hasta que Franz Fanón lo sometió a su examen: elocuente, copioso, estremecedor, atropellado. Al día de hoy censurablemente, una de las áreas más importantes reservada a la sociología marxista ha quedado sin cultivo.

Riggs mismo se ocupó de probar la complejidad de este fenómeno hasta la hora misma de su muerte. Fallado el intento de Hiram Rosado "lo juicioso, lo militar, era que Riggs se marchase inmediatamente al Cuartel General y aguardase allí los resultados inmediatos" (opinión expresada por Albizu, que comparto).

Estos en aquel momento podían ser conjeturablemente distintos. Podía ser la captura sin consecuencia de su agresor o con éste herido o muerto al resistir el arresto. También el golpe de estado o una sublevación popular.

Ocurrió lo primero. Beauchamp se rindió con las famosas palabras:

—"Yo no tiro a mis hermanos"—.

Pero los policías puertorriqueños a quienes se rindió no eran hermanos suyos. Eran hermanos de Riggs... por \$75 mensuales. ¡Trágico sentimentalismo! Minutos después sus "hermanos" lo asesinaban en el Cuartel General.

Ya advertimos que la violencia colonial es fenómeno muy complejo.

---

\* No se trata del Coolidge que fuera Presidente de Estados Unidos, sino a un comentarista norteamericano que escribiera un libro sobre Puerto Rico a principios del Siglo.

Riggs pudo pensar que un segundo atentado, inmediatamente después del fracasado (y con su primer agresor ya detenido) no se produciría. La experiencia histórica, la suya misma lo aleccionaban. Eso era lo aprendido en la experiencia secular del terrorismo europeo. Se equivocó. Le costó la vida. Su equivocación era tan profunda que se la habría costado aunque Beauchamp también hubiese fallado.

Ocurrieran el golpe de estado o la sublevación popular. Su temeridad, su arrogancia, su desdén por el pueblo colonizado, habrían privado su gobierno del único oficial de mérito presente en Puerto Rico aquel día.

---

## LA BATALLA DE LOS CALDEROS Y LAS OLLAS

No me aprovecharé del patetismo de mis anteriores palabras para excusarme y no volver sobre lo de la imprevisión que nos inmovilizó el 23 de febrero de 1936. Si el recuento de nuestras experiencias ha de tener algún valor didáctico escudriñar lo con impiadosa autocrítica es nuestra tarea más productiva.

Recuerdo algunas expresiones de la tribuna albizuista de la que se hiciera mucha mofa, aún en momentos cuando su autor gozara de mayor prestigio. Por ejemplo: aquello que dijera en Ponce sobre combatir a los yanquis con los cuchillos, tenedores y cucharas del ajuar hogareño y hasta con las ollas y calderos de las cocinas.

Intelectuales, profesores, periodistas, profesionales, políticos, todos víctimas del apocamiento con que el maquinismo burgués apabulla sus mentes se burlaban de tales pronunciamientos. Arremolinado junto a la tribuna el pueblo lo aplaudía frenéticamente, arrastrado por su emoción; pero sin reflexionar en el sentido revolucionario profundo de sus palabras. Es cierto que la mujer más débil si mantiene su valor y quiere defender su dignidad no está indefensa ante el soldado mejor armado si le hunde a éste un alfiler en un ojo.

Con verdadera pasión ha embargado nuestro espíritu aquel anecdótico del 2 de mayo madrileño que nutrió nuestra infancia; aquellas ollas llenas de aceite caliente que desde balcones y ventanas las cocineras de Madrid lanzaban sobre la desmoralizada tropa napoleónica.

Sobre Albizu y sobre todos nosotros pesó más en aquellos momentos, como tara insuperable, nuestra propia formación histórica y nuestra idea de lo revolucionario militar. La profunda entraña revolucionaria del arrebatado tribunicio no nos iluminó aquel día 23 de febrero de 1936 porque no había guiado nuestros pasos a través de los tesoneros esfuerzos que por armarnos hicimos durante varios años.

Recuerdo. En 1934 me entrevisté con el presidente haitiano Etienne Vincent. La entrevista iba muy placentera, muy gentil, hasta que puse sobre su escritorio una libreta de bonos de la República. (La famosa emisión hecha por el Partido Nacionalista en 1932). Vincent se levantó nerviosamente de su asiento. Leí en su ademán y en sus ojos el cobarde designio de entregarme a su Guardia. Se contuvo. Haciendo un supremo esfuerzo de serenidad me preguntó por qué con los medios de comunicación existentes en Puerto Rico necesitábamos tanto

dinero. Calé la intención de su pregunta y la temí más que a su Guardia. Me enfraqué en una larga explicación dejada sin terminar porque poniéndose nuevamente de pie me dio a entender que la entrevista había terminado.

Al anoecer de ese mismo día entrevisté al Comandante de la Gendarmerie (equivalente haitiano del ejército nacional) y presunto aspirante a suceder a Vincent en la presidencia. Lamento no recordar su nombre. Como en el caso de Vincent anteriormente la evocación de los empeños puertorriqueñistas de Dessalines y Boyer y las afinidades haitianas de Betances conmovieron nuestras palabras. Pero cuando pregunté si podría adiestrarnos un pelotón de metralistas el hielo cortó su lengua. Más hombre que Vincent, me dijo que ni él ni ningún funcionario haitiano podía complacerme.

David Gay Caibó, Encargado de Negocios de Cuba en Puerto Príncipe me aconsejó esa noche que saliera de Haití. Enterado por un amigo mutuo – el poeta Pierre Moraviah Morpeau – que no disponía yo de dinero para pagar mi hotel y pasaje me envió de su haber personal el dinero necesario. Lo acepté como préstamo que pagué escrupulosa y gustosamente.

En La Habana, otro día, en conversación con Enrique Fernández y Rubén de León indiqué la urgencia que teníamos en Puerto Rico de algunas quince subametralladoras Thompson. Fernández, que llevaba ya en la frente la muerte a traición con que lo señalaba el dedo asesino de Batista, sonrió con tristeza. León puso en mi rodilla la mano amistosa: – "¡Ya quisiéramos nosotros tenerlas!" –

No es éste el recuento de aquellos esfuerzos por armarnos. Me he referido solamente a tres, sin duda los más tontos y el más candoroso, a vía de ilustración del tesón y alcance con que lo intentamos. Pero también como ejemplo de lo que para mí ha sido nuestra fundamental desorientación al pensar el programa militar de nuestra revolución libertadora. La intuición del tribuno revolucionario se señalaba a sí mismo, nos señalaba a todos, en sus arrebatos tribunicios el rumbo verdadero. Sin embargo, cuando nos poníamos a construir racionalmente nuestros proyectos revolucionarios, nuestra formación histórica se volvía contra nosotros como un espectro. Un ejército de fantasmas se levantaba ante nuestra admiración como una ejemplaridad, desde Carabobo a Ayacucho, para gritarnos, bajo la iluminación de los grandes momentos de la historia: – "¡Vanguardia adelante! ¡Paso de vencedores!" –



Las ollas, los calderos, los cuchillos de mesa, los tenedores y cucharas que en la tribuna Albizu quería ver transformados en armas anti-imperialistas, además de ser armas verdaderas eran también un símbolo: magma verbal de otro recuerdo glorioso, de otro gran momento de la historia mucho más cerca de nosotros, de nuestra circunstancia y nuestro tiempo: el 2 de mayo. Y además un programa: la guerra popular.

Pero en eso no pensábamos. Otro tipo de imaginiería heroica avasallaba nuestra imaginación. ¡Bolívar! "Con una montaña por tribuna, con la tiranía descabezada a los pies..." El héroe único que sereno "en medio del combate se desmonta del caballo de la gloria y sus soldados estupefactos lo ven tranquilamente acomodarle la montura" mientras en torno suyo el enemigo riega con sus fuegos el campo de batalla.

Comprendo el realismo de Pedro Albizu Campos luchando contra ese desfile de pabellones peinados por el plomo; oponiendo, a la falta de una enérgica y desarrollada voluntad colectiva de lucha en el pueblo al que amó con las entrañas vertidas en el verbo iracundo, inventar su teoría del "ejército de un sólo hombre", reverso de la misma medalla, pero capaz por lo menos de tener nombre propio, real, glorioso y efectivo y llamarse Elias Beauchamp. Recuerdo mi propia conciencia de niño que aprendió de memoria antes de saber leer las décimas inmortales de López García. Al mismo tiempo mi inarrancable ser de hombre de mi siglo, de adolescente contagiado por la Liga Anti-imperialista y el resplandor lejano de la Revolución de Octubre, debatirse con la imagen también grabada en mi espíritu por la palabra de mi madre, de aquel Maceo inmortal casi echado de bruces sobre el caballo de batalla, cargando frente a un batallón de truenos y descabezando españoles con el relámpago que en su mano triunfó en Peralejo. Y ni aún la imagen sobria y cercana de Sandino, ídolo y líder de mis años más tempranos, era bastante para hacerme volver a la intuición genial – ollas, calderos, cuchillos de mesa, tenedores y cucharas – del discurso de Ponce que refulgía como un símbolo y se presentaba como un programa. Un programa militar para la revolución puertorriqueña: la sublevación popular como en el 2 de mayo, la guerra popular como la hemos sabido después.

## TERRORISMO

La campaña contra el Partido Nacionalista en general y particularmente contra Albizu Campos ha identificado al Nacionalismo, y sobre todo al albizuismo como fase específica del nacionalismo, con el terrorismo. Se ha creado la impresión de que con el advenimiento de Albizu al liderato nacionalista llegó a Puerto Rico el terrorismo. Veremos.

El movimiento obrero a partir de principios de siglo y hasta la liquidación de la Federación Libre usó el terrorismo y el sabotaje como instrumentos legítimos de la lucha de clases. Es más. A mediar ya la década de los años 30, y a tiempo en que clandestinos nacionalistas dinamitaban el viejo edificio de la Compañía Telefónica en San Juan y el Cuartel de la Policía en Villa Palmeras, resonaban, por Juncos y Caguas, los últimos dinamitazos surgidos del economicismo iglesista. Los fuegos en los cañaverales que aún hoy entretienen, ocasionalmente, la impaciencia revolucionaria, fueron esfuerzo concentrado de los federacionistas a partir de 1900.

El Partido Republicano, fundado y dirigido por Barbosa, tuvo sus llamadas "turbas", que no eran otra cosa que terroristas al servicio del anexionismo. Federales y Unionistas de Muñoz Rivera también los tuvieron, aunque menos audaces e insistentes. A principios de los años 30 de este siglo, antes que los nacionalistas pusiéramos nuestros primeros cartuchos de dinamita u organizásemos nuestros primeros grupos de choque, los "Liberales" de Barceló y Muñoz Marín y los "Republicanos" de Martínez Nadal e Iriarte tenían grupos de coacción armada. Los usaban para matarse los unos a los otros. Unos y otros habían ya ensangrentado sus banderines sectarios antes que el primer nacionalista nivelara un arma contra un adversario.

La actividad llamada "terrorista" dinamizada por los nacionalistas tiene sin embargo rasgos que obligan a un estudio más profundo. Dado el planteamiento albizuista sobre la nulidad del Tratado de París, aceptado por el Partido y hecho por la juventud base y orientación de toda nuestra actividad política, un estado de guerra existía entre Puerto Rico y Estados Unidos. El sabotaje, la demolición, la coacción y desmoralización de las fuerzas a su servicio eran legítimas acciones de guerra en defensa de nuestra soberanía.

Tal y como los trabajadores de la Federación Libre usaban el sabotaje y el terrorismo para sostener su lucha, claros en el concepto de que la lucha de clases es guerra, guerra a muerte, los grupos

nacionalistas de acción dirigían sus actos de guerra contra el invasor y sus defensores quintacolumnistas que los apoyaban. El **Programa** del Partido, redactado por Albizu y aprobado en la Asamblea General Ordinaria celebrada en el Ateneo Puertorriqueño el 12 de mayo de 1930, decía que, el Partido Nacionalista – "Tratará sin piedad a los nativos o extranjeros que, por buenas o malas artes, pretendan afianzar el régimen colonial, en cualquier forma que se presente al país".

Señalamos, además, la moderación con que el Nacionalismo usó estos instrumentos de lucha.

Pongamos, por caso, los atentados personales. En toda la historia del albizuismo solamente cuatro atentados personales se efectúan.\* Sus objetivos son: el coronel Riggs, Santiago Iglesias, el juez Robert Cooper y el general Blanton Winship. Note el lector que ninguno de ellos es puertorriqueño. Y que cada uno de ellos justificó con su conducta la agresión.

Riggs, por ejemplo, sobre la sangre aún caliente de nuestros mártires de Río Piedras, de cuya muerte él mismo era responsable, declaró a la prensa que "habrá guerra, guerra, y guerra contra los nacionalistas". Lo que trajo mi respuesta como Secretario General del Partido Nacionalista: "Juega con fuego el coronel. Habrá guerra, guerra y guerra contra los yankis".

En plena campaña electoral de 1936, cuando la persecución contra el nacionalismo en particular y el independentismo en general era más fuerte; y cuando la imantación de los puertorriqueños hacia el patriotismo predominaba, Iglesias, en la tribuna pública de su partido, afirmó dos veces (y en discursos transmitidos por la radio) que "La patria es el refugio de los canallas". Cuando empezó a decirlo por tercera ocasión, en Mayagüez, no pudo acabar. El patriota Domingo Salfary lo detuvo a tiros.

El Juez Cooper presidió el Tribunal que condenó a presidio a Albizu Campos y a los que fuimos sus compañeros de juicio, en 1936. Eso, de por sí, no justificaba el atentado. Pero era de público conocimiento – y ahí están las colecciones de los periódicos de la época y la aún tradición viva ecuánime – el descaro y el odio demostrados por Cooper durante todo el proceso. Fíjese el lector en que el atentado no se dirigió contra el Fiscal Snyder, cuya función

---

\* He dicho cuatro; porque la muerte a tiros del policía Colón, en Río Piedras fue la acción individual e intempestiva de un nacionalista; por lo cual el gobierno pudo sacar de él mucha ganancia.

sobrepasó los límites de los desmanes habituales entre estos funcionarios de la judicatura norteamericana, sino contra el Juez. Para muestra de su ensañamiento recordemos que sentenció a Luis F. Velázquez a diez años de presidio, a pesar de que el nombre de Velázquez ni siquiera aparece en el Expediente, excepto en la acusación y sentencia.

Del general Winship no hay que hablar, excepto para señalar que el aniversario de la invasión de Puerto Rico por los yankis nunca lo celebró el Gobierno fuera de San Juan, ni antes ni después de 1938. En ese año, Winship, rodeado de tropas, escogió a Ponce para celebrarlo. Para celebrarlo exactamente en la ciudad misma y no lejos del mismo lugar, en que apenas transcurrido un año, había ordenado la famosa Masacre. La respuesta se la dio a tiros Ángel Esteban Antongiorgi.

Esto en cuanto a los hechos, específicamente.

Nos falta ahora enfocar el terrorismo a la luz de la teoría revolucionaria.

Como marxista, juzgamos el terrorismo como una de tantas actividades radicales llevadas a cabo al margen de las masas y, en el fondo, por falta de fe en las masas. Al mismo tiempo afirmamos que el estado capitalista es un aparato fundado en la coacción, que es de naturaleza represivo, y que su poder funciona a través de instrumentos de terror como el ejército regular, la policía, los tribunales de justicia, los presidios. Mediante estos instrumentos de terror sostienen el régimen de explotación de los capitalistas contra los trabajadores. En la lucha que en respuesta a ese despotismo llevan a cabo los trabajadores condenar a los trabajadores por recurrir al terrorismo es simplemente faltar a nuestro deber de orientarlos hacia su organización ascendente revolucionaria de clase; o sea, el movimiento obrero, su politización con la organización de un partido propio, y la organización ideológica según el marxismo-leninismo alejándolos a la vez del economicismo, del reformismo y el revisionismo.

El grupo obrero a nivel de una explotación específica debe seguir siendo la base para la organización del Partido marxista revolucionario y de su lucha misma saldrán su brazo armado y su acción revolucionaria. A los trabajadores no se les debe engañar haciéndoles creer que pueden librarse de la explotación a través de los medios pacíficos de lucha. Por el contrario, deben ser aclarados constantemente en cuanto a que su liberación, que ellos mismos harán, depende de una revolución; que la revolución es un hecho violento con que una clase derroca a otra clase para establecer su poder propio: en

este caso el proletariado a los capitalistas – y que ese hecho violento indispensable, necesita para vencer un mínimo previo sin el cual toda tentativa será baldía: un partido marxista-leninista que dirija la revolución obrera y un ejército dirigido por el partido que lleve a cabo las tareas militares de la revolución.

Aceptando que la lucha por la independencia política es una forma específica de la lucha de clases, y que el proletariado ha de darle su contenido clasista, y a la vez protagonizar la revolución liberadora, va sin decirse que en la lucha por la independencia rige la misma orientación que acabamos de señalar.

Profundizando en la posición marxista frente al terrorismo repetimos que siempre es un recurso radical que demuestra falta de fe en las masas y por lo mismo opera al margen de ellas.

Dentro de ese planteamiento juzgamos los distintos actos terroristas de acuerdo a como afectan a las masas y en como las masas reaccionan frente a éstos.

Si un acto terrorista aleja las masas de la revolución ese acto es obligatoriamente reprobable. Si, por el contrario, el acto terrorista une a las masas más estrechamente a la revolución obviamente se actuó correctamente.

El episodio de Angiolillo define a Betances frente a uno de los momentos más enigmáticos de su vida. Hoy no es motivo de debate si Betances puso o no puso en manos de Angiolillo los medios para ejecutar revolucionariamente a Antonio Cánovas del Castillo, el ilustrado déspota español, Primer Ministro de la Corona.

Lo que puede discutirse es si estuvo en lo correcto, políticamente hablando, al autorizar la muerte de Cánovas. El Jefe conservador imponía al pueblo de Cuba las formas más crueles de opresión, tanto en la guerra como en territorio no beligerante. Su muerte atenuó grandemente el sufrimiento del pueblo cubano y la guerra continuó con mayor respeto entre los combatientes.

La ejecución revolucionaria de Cánovas no aisló a la Revolución Cubana de las grandes masas oprimidas de Cuba. Al contrario, las acercó más a la revolución. Luego Betances actuó correctamente.

Actuó correctamente porque autorizó el atentado personal en circunstancias muy especiales: con él se suprimía un dirigente importante de la opresión, responsable directo de ella. La inversión de su autoridad moral en el asunto estuvo justificada. No lo habría sido en caso de que lo que se eliminara fuese un agente policíaco cualquiera, un diminuto informante, para cuya eliminación hubiese sido necesario

el sacrificio del elemento más dispuesto, de mayor inclinación heroica y mejor futuro revolucionario.

Esta clarificación sobre la ejecución de Cánovas nos trae directamente a una elucidación de límpido perfil contra el terrorismo indiscriminado. El del irresponsable que arroja o coloca una bomba con carga mortífera en lugar público en el cual no podrá hacer otra cosa como no sean víctimas inocentes, y atraer contra la causa que pretende defender el asco y el desprecio de las masas.

Ante ese tipo de terrorismo, hágalo quien lo haga, bien sea el descarriado individualista de la revolución o alguna organización específica, solo caben el repudio y el castigo, igual que lo merece con mayor razón el jefe de estado y el gobierno que lanzan su aviación de guerra a bombardear ciudades, llámese éste Hitler contra Europa o Nixon contra Vietnam.

No encuentro manera posible de pensar que el Partido Nacionalista, por su origen y cuadro clasista, por su radical posición y por el contexto internacional en que se desenvuelve, pudiese escapar a lo que se ha llamado acción directa, o sea, el sabotaje, el atentado personal.\* Todo el ejemplo de las luchas liberadoras de la época lo hacen. Es la hora de Guiteras y la "Joven Cuba" y de I.R.A. en Irlanda, para mencionar solamente dos, por ser dos que, por motivos muy especiales, tenían que influir más hondamente en Puerto Rico.

Lo importante es dilucidar si estos atentados personales alejaron o acercaron las grandes masas oprimidas de Puerto Rico a la bandera independentista.

---

\* Para la juventud que en Puerto Rico venera a "Che" Guevara, esta cita suya: —"El sabotaje nada tiene que ver con el terrorismo; el terrorismo y el atentado son fases absolutamente diferentes. Creemos sinceramente que aquella es un arma negativa, que no produce en manera alguna los efectos deseados, que puede volcar a un pueblo en contra de determinado movimiento revolucionario y que trae una pérdida de vidas entre sus actuantes muy superior a lo que rinde en provecho. En cambio, el atentado personal es lícito efectuarlo, aunque sólo en determinadas circunstancias muy escogidas; debe realizarse en casos en que se suprime mediante él una cabeza de la presión. Lo que no puede ni debe hacerse es emplear el material humano, especializado, heroico, sufrido, en eliminar un pequeño asesino cuya muerte puede provocar la eliminación de todos los elementos revolucionarios que se emplean, y aún más, en represalia". (Guerra de Guerrillas").

Creo que para examinar el asunto bastaría con el caso de mayor importancia, no sólo por las razones ya mencionadas en otro capítulo sino también porque es cronológicamente el primero.

La respuesta puede encontrarse en la prensa de la época. Una comparación entre la enorme masa que acompaña a su entierro a Beauchamp y Rosado y el pequeño séquito oficial que lleva a Riggs a su tumba es una prueba. Como hay fotografías de ambas el curioso puede recurrir a hemerotecas.

Pero la prueba más grande en el sentido de que la ejecución de Riggs no alejó al pueblo de nuestra bandera la ofrece el hecho mismo que parecería más lesivo al nacionalismo: el proceso en la Corte Federal.

¿Por qué recurre el gobierno a encausarnos por conspiración insurreccional, pasando por encima de sus deseos de acusarnos por asesinato?

La razón es una: no podían contar con un solo jurado que nos declarase culpables. La emoción popular se levantaba, como una muralla intraspasable, contra el deseo gubernamental, desde Casa Blanca a La Fortaleza. En el primer juicio en la Corte Federal el gobierno no consigue una sentencia: el jurado se divide por la mitad: los puertorriqueños (anexionistas todos menos uno) y los americanos. Los primeros absuelven y los segundos condenan. No hay acuerdo. El gobierno tiene que recurrir a la selección de un jurado especial, escogido en Fortaleza, y compuesto por yankis con solamente tres jurados nacidos en Puerto Rico pero obligados a votar según la imposición de las compañías norteamericanas que representaban.

Los grandes terroristas de la época fueron, en Puerto Rico, Riggs, responsable de la Masacre de Río Piedras; el coronel Cole,\* responsable del asesinato de Beauchamp y Rosado en el Cuartel General; el coronel Orbeta, a cargo directo de la Masacre de Ponce, y el general Winship que las prohió todas y planificó la de Ponce.

Dado el carácter preponderante que en la historia de Puerto Rico tiene Santiago Iglesias Pantín, como figura la más destacada en la colonización del movimiento obrero, cabe plantearse si el atentado contra su vida provocó una reacción violenta contra los nacionalistas. La respuesta es no; pero la sequedad del **no** tiene un contenido muy elocuente. Iglesias había muerto antes que Salfary lo hiriera en Mayagüez, mucho antes de que un mosquito lo liquidara en Méjico.

---

\* Jefe del Ejército.

"Liderato difunto" había llamado Albizu a Iglesias y sus tenientes en Guayama, dos años antes.

Y, ¿no es ese el significado del liderato de Albizu en la huelga del 1934? Ya iglesias no era el líder de los trabajadores de Puerto Rico.' No era más que un politiquero colonial, un pobre **resident commissioner** en Washington. Iglesias era un cuerpo vacío en 1936. Lo que se castigó fueron sus palabras. La osadía de llamar "refugio de los canallas" a la patria no se le toleraba a nadie en el Puerto Rico de 1936.



## LA ASOCIACION DE TRABAJADORES

Un recuerdo muy vivo llega a mi pluma desde los confines de aquel enero de 1934. Fue en Ciales que me enteré por la radio de la salida de Albizu hacia la huelga cañera. Era tarde; y a mis compañeros Juan Ortiz y los "Guares" San Miguel, y a mí mismo, nos fueron difíciles la trasbordos hasta llegar a Río Piedras. Ahí nos enteramos que Albizu estaba en Fajardo y no en Guayama como había comunicado la radio.

Salimos inmediatamente hacia Fajardo, pero en Canóvanas nos detuvo la situación casi de motín en medio de la cual se encontraba nuestro valiente compañero Álvaro Rivera Walker. Canóvanas era un centro nervioso de la huelga. Pasado el peligro inmediato, seguimos viaje a Fajardo.

Llegamos de noche. Albizu estaba en el hotel del pueblo, cercano a la Plaza, y allá nos dirigimos. Esperamos largo rato para poder hablarle y ponernos a su disposición. Albizu conferenciaba a puertas cerradas con el liderato nacionalista de Fajardo. Como muchos de ellos trabajaban para la Fajardo Sugar Company o estaban relacionados de alguna forma con la Central, su importancia para el partido crecía en aquellos momentos. Era muy natural para nosotros los recién llegados que la conferencia se prolongara. Era parte de nuestro comportamiento jamás demostrar prisa en situaciones como aquella, ni interés en saber lo que Albizu conversara privadamente con otros compañeros. Éramos, en verdad, una fraternidad muy estrecha. La mutua confianza era absoluta. Para nosotros, los jóvenes con quien Albizu contaba para todas las situaciones y a todas horas; los que estuviésemos en dónde estuviésemos y haciendo lo que se estuviera haciendo bastaba una señal para dejarlo todo y volar al sitio que se nos destinara, todo miembro del partido era, con sólo serlo, bueno, sin mácula, incapaz de doblez, segundas intenciones, o motivos ocultos.

En una palabra, como nosotros mismos, ninguno podía tener otro interés que no fuese el de la patria.

Pasó mucho tiempo para que me enterara de lo hablado y discutido aquella noche en la conferencia a puertas cerradas del hotel fajardino. No lo supe hasta que el mismo Albizu, en una de nuestras conversaciones en Atlanta, me lo dijera.

Los dirigentes nacionalistas de Fajardo estaban trabajados por una gran preocupación. Na pasaban por alto el significado e importancia del llamado hecho a Albizu por los trabajadores. Al mismo tiempo

temían que la participación de Albizu en la huelga comprometiera el partido a seguir un camino que a ellos – oficinistas, ejecutivos, comerciantes, clase media en fin con impulso ascendente – no les gustaba. Temían sobre todo que Albizu se quedara en Fajardo a dirigir localmente la huelga, organizara una unión en la Central. Trataron por lo tanto de persuadir a Albizu a que se redujera a pronunciar un discurso de aliento patriótico a los trabajadores, de defensa de sus derechos en la huelga y de fusta contra los americanos (la Fajardo Sugar Company era propiedad de los Armstrong de Nueva York). Albizu tuvo mucha dificultad en persuadirlos a no temer a la huelga y en demostrarles que su participación en la misma sólo podía hacer bien al partido.

Hace muchos años que atribuyo al carácter pequeño-burgués del Partido Nacionalista su incapacidad para dejar organizada y funcionando una nueva sindical con la huelga cañera de 1934 por punto de partida. Señalé este hecho en la primera edición de mi libro "La Lucha por la Independencia de Puerto Rico" publicada en 1949. Con la nota que ahora por primera vez publico vigorizo la razón práctica que animó desde entonces mi afirmación.

No fue solamente en Fajardo en donde Albizu tropezó con la incompreensión clasista de sus correligionarios.

El problema que se planteaba a Albizu no era pequeño. Los hombres que se lo presentaban eran sus fieles; miembros firmes y consecuentes del partido, llegados a sus filas atraídos por el mismo Albizu. Habían resistido la ola de soborno mesocrático y de gravitación masiva que trabajó contra el partido desde la organización del Partido Liberal y la prédica "independentista" de Muñoz Marín. Era, además, 1934, año en que la política del Nuevo Trato ponía a disposición de Muñoz Marín un presupuesto federal mayor que el colonial del que disponía la Coalición gobernante y en que ambos se volvían contra el Nacionalismo. Era, en fin, el año del llamado Plan Chardón, proyecto entreguista con millones de dólares a su disposición, dirigido contra la independencia y manipulado por supuestos "independentistas".

La duda sobre la estabilidad de los obreros junto al partido una vez pasada la huelga ha de haber sido muy profunda en Albizu; su seguridad en los miembros del partido definitivamente mayor.

A su paso por los centros huelgarios Albizu fue dejando un embrión organizativo que debió ser la Asociación de Trabajadores Puertorriqueños. Su dirección quedaba enteramente -en manos de los

mismos obreros. El marxismo-leninismo enseña que en sus albores organizativos la clase obrera necesita la cooperación dirigente de los "desprendimientos" de clase: es decir, del elemento burgués proletarizado por el empobrecimiento general de las masas que es ley universal del capitalismo. Ese proceso de desprendimientos se produce además mediante la proletarianización mental del elemento más noble de la pequeña burguesía: intelectuales, artistas, profesionales, y sobre todo estudiantes. Entre éstos el idealismo ético de su sector de clase conjuga frecuentemente con el materialismo dialéctico e histórico; encuentro en éste una explicación del mundo y de la vida que no se le da en las aulas.

Ese proceso de desprendimientos no se hizo presente en 1934. Los jóvenes que estábamos dispuestos a todo sacrificio a toda dedicación y a toda audacia no pensábamos en esos términos. Nuestro pensamiento y nuestro corazón estaban puestos en la insurrección.

De ahí que la desmovilización de las masas una vez que los patronos aceptan las "modestas" demandas obreras, condena a muerte a la Asociación de Trabajadores. Devuelta al espontaneísmo de clase se deshace en la desmovilización.

Guayama ofrece el mejor ejemplo para ilustrar lo que hemos dicho. En Guayama Albizu encuentra todos los trabajadores en huelga. Allí está la Central Aguirre, segundo de los grandes pulpos yankis que succionan a los trabajadores. No hay sitio en la plaza, no hay lugar en las calles de Guayama que no estén bajo los pies de los trabajadores. Albizu tiene que haber sentido ese día ¡aquella noche! más cerca de sí que nunca la gran masa humana oprimida que es su pueblo.

La presión de la masa sobre el líder es tan grande que es en Guayama en donde organiza formalmente la Asociación de Trabajadores. Es en Guayama además en donde un líder regional del partido acoge la idea. Pero no es un obrero. Es un dentista, el doctor Eugenio Vera.

El 30 de enero se radican en Secretaría Ejecutiva los Artículos de Incorporación de la Asociación. Interesa ver quiénes fueron sus incorporadores: Eugenio Vera, Ángel María Vargas, Nicolás Ortiz, Aguedo Ramos Medina, Juan Colón, Raimundo Díaz, Santos Cruz, Nicolás Jiménez, Jesús Porrata, Domingo Masso, Dámaso Hernández, y Lorenzo Vázquez.

El doctor Vera aparte, Albizu no encuentra un sólo dirigente nacionalista en Guayama dispuesto a echarse encima la grave tarea de organizar a los trabajadores contra los patronos de Aguirre. Ángel

María Vargas vivía en Río Piedras. En esos momentos dedicaba casi todo su tiempo a acompañar a Albizu. (Sin sueldo, esté claro.) Raimundo Díaz tampoco era obrero. Estaba señalado para otras tareas: el presidio, el destierro y la muerte en combate, no para la de organizar trabajadores. Tampoco residía en Guayama. Aguedo Ramos Medina presidía la Junta Municipal Nacionalista de Santurce, en donde residía. No era obrero; su interés se concentraba en los Cadetes no en los trabajadores. Nicolás Jiménez vino al Nacionalismo desde el Partido Socialista amarillo, coaligado entonces con el Republicano en el gobierno colonial. Había perdido su interés en la clase obrera. Con toda su acogedora actitud ante la idea de la Asociación, el doctor Vera tampoco abandonaría su clínica para dedicarse a la clase obrera. No puedo juzgar a los otros. Me inclino a creer que eran obreros y residentes en Guayama. Pero ahí está en todo su dolor la razón teórica probada por la experiencia. Sin dirección, abandonada al espontaneísmo de clase, cualquier organización obrera se destruye.

Como la Asociación ha sido debidamente inscrita en Secretaría Ejecutiva, ésta requiere de los incorporados un informe anual. Lo requiere en vano en 1936, 1937 y 1938. El 19 de agosto de 1938 el doctor Vera dirige al Secretario Ejecutivo la siguiente carta:

"Me refiero a su comunicación del 1ro de agosto concerniente a la Asociación de Trabajadores de Puerto Rico. Deseo advertirle, señor Gallardo, que dicha Asociación fue una entidad que murió al nacer, que no tuvo actividad alguna después de ser organizada y que todos sus miembros organizadores, unos han muerto otros se han ausentado de la ciudad, y otros no sé ni dónde viven. Ni yo como presidente, ningún otro miembro, se ha vuelto a ocupar más de esta Asociación.

"Yo siento informarle que no puedo darle información alguna sobre ella más de la que le doy aquí, por no tener ni un sólo papel\* que

---

\* En carta fechada en Guayama el 26 de agosto de 1936, el doctor Vera escribe al Secretario Ejecutivo Carlos Gallardo: "Cuando usted solicitó de mí por primera vez dicho informe, se lo comuniqué al Sr. Velázquez, quién me aseguró que haría el informe y se lo remitiría a usted, siendo ésta la razón por la cual no me ocupé más del asunto, confiando en que el Sr. Velázquez cumpliría con su promesa. "Como todos los documentos referentes a esta asociación estaban en poder del Sr. Luis F. Velázquez, hoy preso político en La Princesa, no me es posible detallar el Informe que Ud. me pide". Velázquez dio a guardar unas cajas con documentos a un nacionalista de apellido Cortés, pequeño comerciante establecido en

pueda orientarme". (Legajo 713, Fichero del Departamento de Estado. Archivo del Instituto de Cultura Puertorriqueña.)

Por disposiciones tomadas en Secretaría Ejecutiva el 23 de julio de 1939, Gallardo comunicó a Vera la disolución legal de la Asociación. Diez días antes, Vera la había solicitado.

—oOo—

Una cuestión queda pendiente. Una de las cuestiones de mayor importancia en la historia política de Puerto Rico del Siglo XX.

Con todo el amor y todo el respeto que se le tiene ¿puede excusarse a Albizu Campos, así, a la ligera, su descuido con la Asociación de Trabajadores?

Recordemos su Programa de 1930. Refiriéndose al movimiento obrero y a la organización obrera dice:

"Libremos al obrero inmediatamente del caudillaje del obrerismo desorientado de origen yanqui, que, bajo la sugestiva denominación de socialistas, pero sin definición política alguna, y, por lo tanto los más hábiles defensores del coloniaje, lo han hecho portador de la bandera norteamericana, bajo cuya sombra impera este coloniaje que nos ha convertido en esclavos de las corporaciones y empresas norteamericanas.

"El Partido Nacionalista desarrollará el siguiente programa económico:

1. — Organizará a los obreros para que puedan recabar de los intereses extranjeros o invasores la participación en las ganancias a que tienen derecho, asumiendo su dirección inmediata, poniendo hombres de talla, responsabilidad y patriotismo para dirigirlos".

El Programa, suyo de principio a fin, demuestra la conciencia que Albizu tuvo de lo que para la lucha por la independencia significaba la colonización del movimiento obrero y su emancipación. Y es tanta la importancia que da a este hecho que el primer punto de su programa económico lo dedica al movimiento obrero. La evidente conciencia burguesa y elitista del pronunciamiento, no quita una coma a su importancia, ni a la que Albizu le da a los trabajadores como fuerza de lucha independentista. El anti-imperialismo del planteamiento es

---

Santurce. Años más tarde este negocio fue embargado. Al encontrar en el negocio dichas cajas el Gobierno se incautó de ellas. (Informado por Paulino E. Castro al autor.)

poderoso y claro. Dado su contenido de clase obligatoriamente limitado.\*

Conmovido en sus más íntimas entrañas patrióticas, enfrentado a aquellos cuatro mil trabajadores enfurecidos que lo aclaman en Fajardo y lo siguen machete en mano hasta Ceiba; sacudido en sus sentimientos más profundos de hijo de su pueblo ante aquella Guayama erguida en seis mil macheteros que él lleva en desafío triunfal por los predios prohibidos de Aguirre y Guánica, el hombre de acción que es en esencia declara a los trabajadores el más grande, el verdadero poder de la patria. Viéndolos erguirse en lucha declara "la patria resurrecta".

Ahí estaba, alrededor suyo, entregándole su alma generosa, el verdadero, el más grande poder de la patria, la patria resurrecta; ahí estaba, hecho carne y hueso, la expectativa de su Programa escrito cuatro años antes. ¿Cómo es posible que aquella poderosa voluntad, la más grande que hasta ahora ha producido Puerto Rico, no se agarrase a la Asociación de Trabajadores para llevarla adelante?†

Todas las grandes cuestiones sociales empiezan por plantear un problema filosófico que finalmente se resuelve en el campo de batalla. Son las ideas las que dirigen la voluntad y una voluntad, por fuerte que sea, no irá más lejos que a donde sus ideas la dirijan. El contenido ideológico de aquella privilegiada inteligencia no era la del revolucionario de la clase obrera. Nuestra historia sería otra y mejor si Albizu hubiese sido comunista.

Muchas razones, aun cuando muchas otras nos asisten, tenemos para nuestra diaria insistencia en la clarificación, la precisión, de las

---

\* José Carlos Mariátegui, por quién Albizu sintió, si alguna, muy poca simpatía, dejó escrito:

"Ni la burguesía, ni la pequeña burguesía, en el poder, pueden hacer una política anti-imperialista... ¿Qué cosa puede oponer a la penetración imperialista la más demagógica pequeña-burguesía? ... El asalto del poder por el anti-imperialismo, como movimiento demagógico populista... no representaría nunca la conquista del poder por las masas proletarias, por el socialismo".

† Aquí se plantea un comienzo de respuesta a la afirmación que hace a Albizu fascista. De haberlo sido no habría descuidado su organización obrera, como no lo hicieron ni Mussolini, ni Hitler, ni Salazar, ni Franco, ni Perón.

ideas comunistas, en la ideología del marxismo-leninismo. Pero una de particular importancia nos obliga. La confusión ideológica y el contrabando de ideas es rasgo evidente en el independentismo de hoy. Llamarse socialista, marxista-leninista, se ha vuelto un relajó. Nunca más importante que ahora la clarificación ideológica. Es indispensable no solamente que se sepa que la clase obrera, por ser la mayor fuerza y llevar en sí la capacidad de desarrollo de la nación, es el factor decisivo para independizar a Puerto Rico y establecer la República Socialista. No solamente es indispensable que se sepa que el marxismo-leninismo debe ser el motor ideológico que mueva a la clase obrera y la brújula que la dirija correctamente. Es también necesario que se sepa que el marxismo-leninismo es un todo doctrinado, que la base inmovible del marxismo es el materialismo dialéctico e histórico. Las ideas marxistas son ideas comunistas. Y es ese hecho filosófico el que da un contenido especial a la lucha de clases, a la toma revolucionaria del poder, a la dictadura del proletariado. La lucha es ideológica, filosófica, del marxismo-leninismo contra toda doctrina, toda teoría, que no sea ella misma. Y se decidirá en el campo de batalla, en la guerra popular en la cual, junto con el imperialismo, se quemarán todas las ideas contrarias al marxismo.

Lo es además de otra manera, más próxima y apremiante.

Cuando Albizu organiza la Asociación de Trabajadores aún se esperaba, en todas partes, superar la crisis en que el movimiento sindical había caído. Se estabilizó después una dirigencia burocratizada en todo el movimiento sindical, en la que los sueldos enriquecedores, las oficinas fastuosas y los negocios marginales tullen la actividad de los trabajadores y mutilan su agresividad frente al patrono y a los sostenes patronales que son la policía y los jueces. Durante algunos años fue dable creer que la substitución de ese liderato artrítico y barrigón por nuevos dirigentes animados por su juventud y las ideas correctas, bastaba para romper la inercia de un movimiento que se había hecho notable por no moverse.

La catapulta de la opresión capitalista en la era de la guerra de Vietnam y la regresión en la Unión Soviética y China se ha ocupado de destruir el mito postrero de regeneración posible de lo que, en el mundo conocido como occidental, habíamos titulado movimiento sindical o movimiento obrero. No es que los dirigentes de las uniones fallen, víctimas de sus debilidades. Es que todo el aparato sindical movilizado por la revolución industrial y organizado por las Tres Internacionales Comunistas caducó, como caducaron sus mismas

organizadoras. Todo ese aparato debe ser abandonado por los obreros. Sencillamente, no sirve. Lo presente es la reorganización de la clase obrera desde abajo, la formación de comités obreros, dondequiera que el capitalismo tenga establecidas y funcionando sus explotaciones. Comités forjados al calor de las nuevas necesidades de la clase obrera, cercada como está por policías, jueces, interdictos, mandamus, leyes, jurisdicciones, negociaciones, y otras tantas porquerías de poder capitalista y anti-obrero. Comités que no puedan pagar multas y por lo tanto no tengan que pagarlas; ni estén atados por compromisos y temores al régimen legal; comités en fin capaces de desarrollar un vasto y continuado programa de huelgas rebeldes que se desarrollen y triunfen a despecho del aparato legal de los capitalistas; comités que cuenten a la vez con una dirección pública y otra que no lo sea, con mucha estaca para los rompeshuelgas y mucho desprecio a la "ley y el orden" de los patronos.

A su vez, si aceptamos como positivo el acercamiento de los independentistas a la clase trabajadora, vaya sin decirse que esa aproximación debe ser hecha sin maniobrería, sin intento de usar a los trabajadores para su propio interés partidario, ni con disimulos más o menos brillantes de orfebrería propagandística, pasar a la clase obrera como conveniencia patriótica su nacionalismo burgués, cosa que les es imposible.

Y además esperar, porque les espera, que los trabajadores, a medida que las ideas comunistas proyecten su voluntad de lucha hacia donde deben ir a identifiquen al enemigo como enemigo de clase, rechacen igualmente que los privilegios y violencias de la nación opresora la tendencia de la nación oprimida hacia los privilegios.



## DE LAS ESTACAS A LOS RIFLES

Los Cadetes de la República, organización paramilitar del Partido Nacionalista, me traen nuevamente a la influencia del nacionalismo irlandés sobre Albizu. Siguiendo la línea de los paralelismos, los Cadetes equivaldrían, en términos irlandeses, a los Voluntarios de Padraic Pearse; no a las Milicias Obreras, de Connolly. (El nombre oficial de éstas en inglés era, "Citizens Army", que al unirse ambas organizaciones para el levantamiento de 1916, se llamaron Ejército Republicano Ir\* landés, bajo el mando supremo de Connolly.)

El tema es riquísimo. Mas lo que aquí interesa es señalar que las Milicias Obreras surgieron de la gran huelga dublinense del transporte, en 1913, la más grande batalla de la lucha de clases en Europa en los años inmediatamente anteriores a la Primera Guerra Mundial. Jim Larkin dirigió la huelga. Connolly las organizó como grupos de autodefensa contra rompeshuelgas y policías. En 1914, Connolly fue electo Secretario de la Unión de Transporte de Irlanda y Comandante de las Milicias.

Fijémonos en que los Cadetes de la República existían desde dos años antes que estallara nuestra huelga de la caña en enero de 1934. Pudo **El Imparcial** encabezar su despliegue informativo de la huelga con el famoso titular: "Cadetes de la República Invaden Oriente". Desgraciadamente, era nada más un titular sensacionalista. Los Cadetes no fueron movilizados durante la huelga.

Lo que sí pudo quedar fuera de mi mente es lo que pudo haber salido de nuestra gran huelga de haber existido en Puerto Rico una organización obrera que compartiera con los Cadetes lo que las Milicias de Connolly compartieron con los Voluntarios de Pearse. No había tal. Pretender convertir a Tadeo García en un Larkin y a Florencio Cabello en un Connolly sería ser tan injusto con los puertorriqueños como con los irlandeses.

Otra cuestión es comparar el pensamiento militar de Albizu con el de Connolly, como ya hemos dicho, admirado por el primero. El planteamiento de Albizu en cuanto a que la guerra libertadora tendría que ser urbana y rápida (pronta en vencer) descuenta toda perspectiva a la guerrilla urbana. La guerra rápida que Albizu tenía en mente no tenía lugar para la guerrilla.

Albizu conocía, probablemente, el texto de Connolly sobre combate revolucionario urbano. Digo probablemente porque jamás le oí mencionarlo a pesar de su muy frecuente mención de Connolly. El

otro gran texto sobre combate revolucionario urbano de la época, el estudio de Lenin sobre la lucha de los obreros de Moscú en 1905 no lo conoció.

Pero vuelvo sobre mi insistencia de cómo tampoco se nos ocurrió, siquiera, intentar organizar los Cadetes en las filas de los jóvenes trabajadores que en número de muchos millares estuvieron a nuestra disposición en 1934. La razón es obvia dos veces, y la he expuesto muchas veces, dado el contenido clasista, en composición y en ideología, del nacional revolucionario liderato de Albizu y del Partido Nacionalista.

Pero Albizu sigue siendo un verdadero maestro en señalar, por comisión o por omisión, el rumbo revolucionario en Puerto Rico. En su experiencia debemos fijarnos para, viendo hacia dónde señaló con su índice, corregir a la vez los errores del reformista, contrarrevolucionario y anti-obrero movimiento obrero de Puerto Rico; y subsistir las ideas nacionalistas revolucionarias de Albizu por las ideas comunistas de Connolly y Lenin. Luego, no organizar la nueva fuerza de combate libertador desde afuera de la clase obrera sino dentro de ella.

Los Comités Obreros a que nos hemos referido en otro capítulo deben ser su embrión. La independencia y el socialismo tomarán rumbo definitivo a la victoria cuando los Comités de Estaca de las Uniones se conviertan en pelotones de nuestras Milicias Obreras; cuando las estacas se conviertan en rifles.

A eso hay que ir y se irá. Es una necesidad de la clase obrera. La necesidad rige la historia.